

*quiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión (p. 109). (El subrayado me pertenece.)*

La tesis que Sábato sostiene es que la Argentina, a partir de 1930, terminó su período de «petulante suficiencia» para entrar en otro de autocrítica negativa debido a un estado de frustración al tener que confrontar una realidad que no reproducía lo que describían «las grandes frases celebratorias». Esta actitud es garantía, para Sábato, de que la Argentina es, por fin, una nación madura, que sabe aceptar no ya sólo sus méritos, sino también los defectos de los que todos son responsables. Analiza los hechos que siguieron al regreso de Perón, en marzo de 1973, y la manera cómo se encaramó al poder José López Rega —«paradigma de una Argentina que nos abochornó», «mezcla de delirante y de brujo de conventillo, de estafador y de sensiblero comediante, de hipócrita y de jefe de mafia» (p. 113)—, para concluir que en la «gigantesca defraudación que desilusionó al país entero» hay que buscar las causas de la guerrilla. La nación perseguía y deseaba, explica Sábato, el restablecimiento de una democracia basada en los principios de justicia y libertad que le dieron nacimiento. Pero, en esta ocasión la historia argentina no se escribió de esa manera, sino que «[u]na vez más los acontecimientos históricos nos enfrentan al clásico problema, cuando diferentes movimientos cometen atrocidades invocando fines nobilísimos» (p. 119). Por ello Sábato advierte que «[s]erá imposible refundar la república si no hacemos clara conciencia de este siniestro problema de fines y medios y si no terminamos de una vez con la caza de brujas que inevitablemente acarrea ... los medios no pueden ser perversos, y es trágicamente ilusorio perseguir grandes fines con medios innobles. Así, la primera condición para cualquier proyecto ha de ser el respeto por la persona, lo que supone, en primer término, su libertad» (pp. 121-122).

Mas Sábato, en este ensayo, supera el análisis de las circunstancias y su mera crítica, ya que ofrece, hacia el final, un «conjunto de recomendaciones», esto es, los fundamentos de una praxis basada en

- abolición de la pobreza y la injusticia;
- descentralización del poder político para alcanzar un federalismo efectivo;
- descentralización de las grandes ciudades mediante la dispersión política, industrial y comercial;
- cooperativismo en producción y consumo;
- defensa de las libertades individuales;

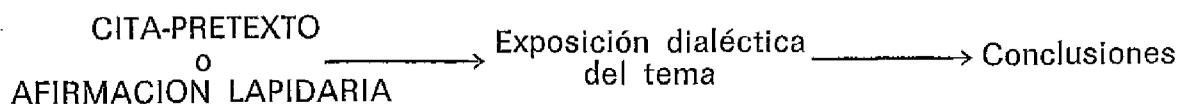
reforma de la educación armonizando ciencia y humanismo, pensamiento mágico y lógico, artes y letras; y, finalmente, el estudio, por parte de sociólogos, políticos, psicólogos, pensadores y economistas, del uso de la técnica y del tipo de desarrollo que específicamente se necesita en la Argentina.

Como siempre, en la expresión de su pensamiento, junto a estas lúcidas formulaciones, Sábato no puede acallar su visión romántica, su expresión subjetiva del problema. Y entonces leemos:

Ayudado en el murallón de la Costanera, de espaldas al gran río lateral, en algún crepúsculo de verano, he contemplado la silueta de este temible leviatán, este turbio y gigantesco, tierno y brutal, aborrecible y querido Buenos Aires. Y me he preguntado, mirándolo, qué somos, qué nos pasa, adónde vamos. Preguntas que se vuelven más angustiosas en estos días de hojas secas y lloviznas heladas. Y también de neblinoso descontento, en que todos estamos recelosos, en que nuestros corazones no laten al unísono... (p. 142).

«Censura, libertad y disentimiento» es un poco una variación del mismo tema con algunos agregados que, indudablemente, han debido responder a circunstancias del momento. Digo esto porque gran parte del artículo está dedicado a debatir la censura de las obras del filósofo del idealismo marxista francés Henri Lefebvre y de los escritores Alvaro Yunque (argentino) y Marino Vargas Llosa (peruano), como así también a rebatir a esos «cazadores de brujas [que] califican de comunistas o de ideólogos del terrorismo a cualquiera que preconice la justicia social o apoye el combate de los pueblos esclavizados contra el colonialismo y hasta cualquiera que lea o murmure palabras como estructuralismo» (p. 153).

Estos textos ensayísticos de Sábato que vienen, pues, a sumarse a los de sus cuatro libros fundamentales en el género, muestran que el pasaje del tiempo no ha alterado los que son los rasgos fuertemente personales de ese *corpus*: el tono polémico y aforístico, lapidante, sarcástico en que la reducción al absurdo, el humor negro, la paradoja, las enumeraciones y comparaciones aclaratorias, enfatizantes, las metáforas que alivian y humanizan el pensamiento dentro y siempre polémico, se suman a un formato



que pocas veces varía, pero cuyo objetivo —mantener en vilo y cómo llevar de la mano al lector por entre el tumulto de las ideas— se cumple siempre.

Sábato exhibe en sus ensayos una total mezcla de pensamiento especulativo con estallidos emocionales, una prosa certera, pero también visceral, un lenguaje de alto calibre intelectual junto a expresiones coloquiales, todo ello inflexionado, frecuentemente, mediante un poderoso ritmo en que repeticiones anafóricas, construcciones paralelas y antinómicas y una graduación sabia de la argumentación, crean, en algunos párrafos, angustiosos climas de los que el lector descansa en el remanso verbal y conceptual con que Sábato remata siempre tales *crescendos*.

Cuando Sábato afirma que es a través de sus ficciones, de la novela, que el creador se da íntegro, creo que retacea el valor de estas páginas ensayísticas. Porque es, precisamente, rasgo del ensayo el ser el género «dialogante» por excelencia, el ser un texto participativo, compartido con naturalidad, forma peculiar de la comunicación sugestiva de ideas en que éstas abandonan toda pretensión de imparcialidad para adoptar resueltamente las ventajas y limitaciones de su base personal y prejuiciada (14). Antidogmático, actual (15), «la forma que más se presta a la fragmentación, al capricho, a la propaganda, al servicio literario y extraliterario», «testimonio y actitud más que ideología» (16), el ensayo arranca a los temas «sus más íntimas relaciones» (17) por ser «la expresión más íntima..., el género del escenario personal» (18). Lo que Sábato pierde de vista en su afirmación sobre la novela es que, frente a ella, el lector nunca puede estar seguro de cuáles son las ideas, la «persona» del autor, mientras que en el ensayo lo tiene de frente en una conversación íntima. En el caso de los ensayos de Sábato, aun teniendo presente que él los ha refundido en gran medida en sus ficciones, el lector está 'colaborando' en esta prosa reflexiva no porque la re-cree (como lo hace con la de ficción), sino porque la completa en la relación *sui generis*, triangu-

---

(14) J. L. Martínez: Introducción a *El ensayo mexicano moderno* (México, FCE, 1958), páginas 10-11. Véanse también A. Reyes: «El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria», y «Apuntes para la teoría literaria», en *Obras completas*, t. XV (México, FCE, 1963); R. Wellek y A. Warren: *Teoría de la literatura*, tercera ed. (Madrid, Gredos, 1962); Delfín L. Garasa: *Los géneros literarios* (Buenos Aires, Columba, 1971); T. Todorov: *Introducción a la literatura fantástica* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972); José E. Clemente: *El ensayo* (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961); T. W. Adorno: «Der Essay als Form», *Noten zur Literatur*, t. 1 (Berlín-Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1958).

(15) Mario A. Lancelotti: «Apuntes sobre el ensayo», *Opiniones latinoamericanas*, 3 (septiembre 1978), 59-60.

(16) Peter G. Earle y Robert G. Mead, Jr.: *Historia del ensayo hispanoamericano* (México, Edics. De Andrea, 1973), p. 154.

(17) M. Vitier: *Del ensayo americano* (México, FCE, 1945), p. 45.

(18) Peter G. Earle: «El ensayo hispanoamericano como experiencia literaria», en *El ensayo y la crítica literaria de Iberoamérica*. Memoria del XIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Toronto, Universidad de Toronto, 1970), p. 25.

lar, que se da entre autor, obra y lector, reacción «de confrontación recíproca y constante» (19).

Es evidente que en el ensayo sabatiano confluyen la indagación cognoscitiva y especulativa con la sensibilidad y la pasión en una síntesis personalísima que revitaliza el cauce por donde echó a andar el género en la Argentina y que lo enriquece con sus ideas, su auténtica argentinidad, la constancia en el testimonio y el valor en las denuncias hechas desde el centro mismo de la hoy muy triste y dura realidad argentina. Sábato, como Herbert Read, ha elegido

limitar las creencias a los principios esenciales, arrojar cuanto sea temporal y oportunista, y luego *permanecer donde se está, y sufrir si hay que sufrir* (20).

A Sábato se lo celebra y vitupera, se lo respeta y ataca, se lo sigue y se lo supera. Todo lo cual significa que Ernesto Sábato es una fuerza muy viva y operante en el escenario cultural argentino contemporáneo.

ANGELA B. DELLEPIANE

City College. Graduate Center  
510 East 86 Street  
NEW YORK, N. Y. 10028 (USA)

---

(19) Earle, p. 26.

(20) Herbert Read: *Poesía y anarquismo*. Es el epígrafe que aparece, junto al citado anteriormente de Camus, en «Nuestro tiempo del desprecio», *Apologías y rechazos*, p. 109. El subrayado es mío. El *New York Times*, en un artículo firmado por Edward Schumacher y publicado el 15 de noviembre de 1981 (primera sección, p. 13), llamaba a Ernesto Sábato «the aged literary hero» y le reconocía la calidad de «Idol of the country's young».

